

¿REALMENTE JESÚS DEBÍA PADECER?
Domingo de Ramos (20 de Marzo de 2016)

Lc. 19, 28 – 40

Desde pequeños nos hemos acostumbrado a ver la imagen de Cristo flagelado y humillado soportando el inmenso dolor de la crucifixión, que no nos sorprende el oír que Jesús debía sufrir por nuestros pecados. Como el libro de la historia humana tan abundante en acontecimientos nos muestra a los hombres de distintas épocas imbuidos de espíritu de guerras, pobreza, dominaciones por doquier, víctimas de catástrofes naturales, nos preguntamos, con desesperación y desconcierto, ¿debe ser así? ¿quién lo causa? ¿quién lo puede impedir? Los teólogos siempre se han preguntado si realmente Jesús debía morir en la cruz para salvarnos, enfrentándonos a uno de los misterios divinos al cual podemos acercarnos desde diversos puntos de vista.

Algunos lo examinan desde el ángulo filosófico buscando las razones del intelecto, y podrían ponerse de acuerdo con cierta facilidad, algo que no ocurre en nuestro caso. Otros, parten del presupuesto de un Dios omnipotente y de inteligencia ilimitada. Pero las personas inteligentes tratan de no complicar las cosas, pues, si se puede hacer algo más expeditamente, ¿por qué elegir un método difícil? Dios podría perdonar los pecados del modo más simple y todo quedaría en orden y por lo tanto se puede concluir que Cristo no debería necesariamente padecer. Pero, ya que Lo hizo debe haber sido por otro motivo. En la lógica humana tenemos claro que Dios es la justicia misma y por ello, sabemos que la justicia exige que una falta grave se castigue con una pena grave. Podríamos seguir con muchos argumentos, pero todos ellos son débiles e incapaces de explicar el misterio de la cruz.

Jesús habló de este tema con dos discípulos en el camino de Emaús, luego de Su Resurrección: “*¡Qué torpes son y qué tardos para creer lo que dijeron los profetas!*”. Y empezando por Moisés y los profetas, Les interpretó lo que sobre Él estaba en las Escrituras (Lc.24, 25.27). En este contexto asoma la necesidad de la pasión de Cristo para el cumplimiento de las profecías. En otras palabras: la pasión del Señor es parte de la revelación divina contenida en la Escritura. Todo lo que Dios hace es revelación y plenamente un acto libre. Si Dios-hombre (Jesucristo) decidió sufrir, Lo hizo libremente y no porque Le obligase una necesidad. Las acciones divinas están motivadas por el amor, entonces concluimos que la muerte del Señor en la cruz es la máxima manifestación del amor de Dios.

En la cima del Gólgota, Dios unió la suma justicia con la suma misericordia. La primera se concreta con la muerte: el hombre paga sus faltas, pero al mismo tiempo irrumpe la plena misericordia con la Resurrección, que es la definitiva liberación de todas las penas.

La unión de Misericordia y Justicia no se alcanza con cualquier intervención de fuera. Los Padres de la Iglesia advierten que el mal sólo se vence desde el interior donde está su origen. Desde allí, el hombre ofendió a Dios con el pecado que ocupó toda su naturaleza humana, caracterizada por la desobediencia a Dios. Jesucristo, con Su total y absoluto acatamiento al Padre, liberó el corazón del hombre, y de eso depende todo. El principio de la salvación fue formulado por los Padres según esa afirmación: Todo lo que Cristo ha asumido es salvado, pero para llegar a ese punto, Cristo debía nacer como los hombres. Para santificar el trabajo, Jesús trabajó como los demás. Para dar fuerza en las debilidades humanas, Jesús aceptó ser niño, prófugo, predicador cansado, incomprendido y odiado. Al final, para rescatarnos de la muerte, aceptó sin dudar la muerte humana en su forma más horrible. Pablo sostiene que Cristo se anonadó a sí mismo tomando la naturaleza de siervo (Flp.2,7). En las traducciones modernas del Nuevo Testamento decimos que Cristo se ha “*humillado*”, pero el término griego lo transcribe como “*se ha vaciado*”. La dignidad de la persona se da en su actuación libre, y cuando acepta incondicionalmente la voluntad de otro, es como si se hubiera vaciado la dignidad e identidad propia. Esta fue la situación que vivió Jesús en relación al Padre, y al tener la misma voluntad de Dios, logra Su plena felicidad. Y eso lo llegamos a entender y ver, después de la Resurrección.

Sólo en la Cruz está la salvación. Sólo en la Cruz está nuestra redención. En este domingo que la Iglesia celebra y recuerda con especial devoción, se nos invita a encontrar un poco la cruz en todo lo que vivimos y hacemos. Y así comprenderemos que en todo Dios nos conduce hacia Él.

+ Bernardo Bastres F sdb.
Padre Obispo de Magallanes.